

Malvivir en el país del sol naciente

por Odaira Namihei*

Precarización, desempleo, marginalidad... Una realidad desconocida para los que vivieron el “milagro japonés” en todo su esplendor, aquel que consolidó al país como una de las grandes potencias mundiales. Los hijos de la crisis de los años noventa, los grandes perdedores del modelo económico japonés, hoy padecen los males del neoliberalismo en toda su crudeza.

Junio de 2008. En una soleada tarde, un hombre de unos veinte años camina por las calles repletas de gente del barrio de Akihabara, importante centro de la cultura popular, en Tokio. Los habitantes de la ciudad y los turistas acuden en cantidad para ver a quienes se han vestido con trajes de un héroe de manga o de *anime* (film de animación). Un domingo tranquilo como cualquier otro... hasta que el hombre saca un puñal y ataca a diecisiete personas. Siete de ellas mueren, las otras diez resultan gravemente heridas. Todo el país queda conmocionado.

Como siempre, surgen las explicaciones de los especialistas: “Japón está convirtiéndose en una potencia criminógena. Para evitarlo hay que reforzar las medidas de seguridad” (1). Sin embargo, como la cantidad de crímenes de sangre no dejó de disminuir desde mediados de la década de 1950, la reputación de país tranquilo que posee Japón no parece inmerecida. En realidad, el hombre que decidió asesinar salvajemente a varios de sus compatriotas, un domingo por la tarde, en un barrio que simboliza la alegría de vivir, ya no se reconocía en esa sociedad. “Tenía ganas de matar a cualquiera”, declaró al ser detenido.

En las semanas previas, ese joven empleado interino había publicado en su sitio de internet varios mensajes en los que expresaba su temor a perder su trabajo y ser abandonado. Temía tener que enfrentar una realidad hostil, de la cual muchos japoneses intentan escapar refugiándose en universos virtuales. Un malestar que invade a un sector cada vez mayor de la población, ante la precariedad del empleo y el

aumento de las desigualdades sociales, en un país donde, hace apenas 30 años, más del 90% de sus habitantes estimaba pertenecer a la clase media (*chūryū*) (2).

De la estabilidad al caos

Por entonces la población se movilizaba tras un objetivo: ingresar al club de las grandes potencias económicas. Ese sentimiento de pertenencia permitió una increíble estabilidad política y social. El Estado, la empresa, la escuela y la familia eran puntos de referencia para cada persona, y era natural que los japoneses siguieran el camino señalado.

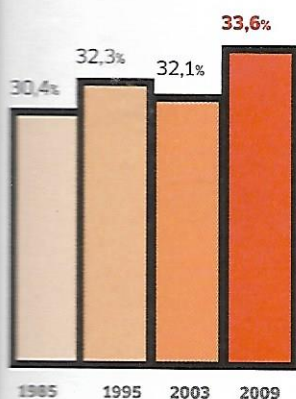
Nadie estaba preparado para vivir los profundos cambios de la década de 1990. Ni el gobierno ni las empresas esperaban ver al “modelo japonés” deshacerse de manera tan violenta luego de que estallara la burbuja financiera, que coincidió con el derrumbe del bloque comunista. En el lapso de pocos meses el país se vio debilitado, tanto a nivel económico como geopolítico.

Así, a una época de estabilidad le sucedió un período de caos que generó un gran traumatismo. La crisis produjo un debilitamiento del sistema bancario, cuando pocos años antes los bancos japoneses figuraban a la cabeza de la clasificación mundial. Al poco tiempo, las empresas comenzaron a despedir masivamente empleados, quienes sin embargo se habían entregado de cuerpo y alma para hacerlas triunfar.

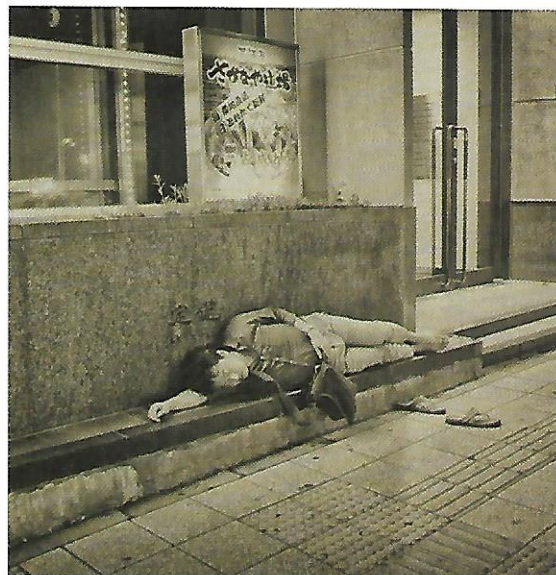
En el terreno geopolítico, Japón, aliado fiel de Estados Unidos durante la Guerra Fría, comprendió que su relación particular con Washington ya no le permitía vivir protegido de los sobresaltos →

Desigualdad

Coefficiente de Gini (en porcentaje)



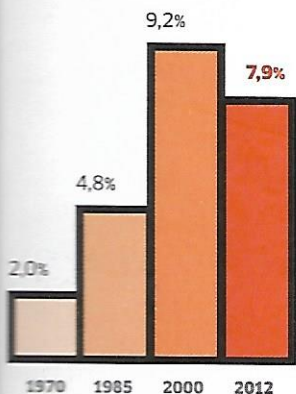
© Cristina Muraca / Shutterstock



Sin techo. El índice de incidencia de la pobreza en Japón alcanza el 16% y el deterioro laboral no deja de aumentar.

Desocupación juvenil

Evolución de la tasa de desempleo en los jóvenes (en porcentaje)



→ mundiales. El país del sol naciente debía afirmarse en el plano mundial en el mismo momento en que su deteriorada economía lo debilitaba.

Diez años después de esa primera crisis, y cuando parecía poder levantarse, Japón volvió a caer. Si bien no fue arrastrado por la burbuja financiera como Estados Unidos y Europa, resultó afectado: su Producto Interno Bruto bajó un 12,7%. Ese derrumbe se explica por la caída brutal de sus exportaciones: -45,7% entre enero de 2008 y enero de 2009 (3). “Las industrias exportadoras japonesas han sido las que más se beneficiaron por la buena coyuntura mundial. Ahora que la crisis llegó a todo el planeta, son las que más sufren”, señaló Kono Ryutaro, jefe de economistas del banco BNP Paribas de Tokio (4).

Las fábricas de autos, símbolo de la economía exportadora, son las primeras víctimas. Toyota mostró un déficit de 450.000 millones de yenes (3.400 millones de euros) en 2009; y ya anunció más de cuatro mil despidos (5). Algo idéntico ocurre con la industria electrónica, donde el porcentaje de desempleo era de 4,1% a fines de enero de 2009 (6). Se trata de una cifra baja comparada con las de otras naciones desarrolladas, pero que en un país donde el casi pleno empleo era una regla, resulta difícil de aceptar.

Las desregulaciones introducidas para tratar de resolver la precedente crisis de 1997-1998 restaron capacidad para enfrentar las dificultades actuales. “Ya no queda más nada en este país, es un país muerto”, dice el colegial de la novela *Kibô no kuni no ekusodasu* (*Éxodo hacia el país de la esperanza*), del escritor Ryû Murakami (7), ilustrando el estado de ánimo que reina en el seno de la juventud japonesa. En ese libro el autor imagina que los adolescentes emigran

masivamente a la isla de Hokkaido, donde se reúnen para fundar un Estado semi-independiente, con reglas de funcionamiento diferentes del resto del país.

En los años de la burbuja financiera, todo el mundo sacó su provecho. Veinte años más tarde, sólo le va bien a una minoría, mientras que los demás deben conformarse haciendo trabajos ocasionales. Las palabras *freeters* (neologismo forjado a partir del vocablo inglés *free* y del alemán *arbeiter*, que designa a las personas que viven de trabajos ocasionales) o NEET (*Not in Education, Employment or Training*, o sea, jóvenes sin trabajo ni formación) comienzan a circular en la prensa y se convierten en sinónimos de exclusión. A fines de 2008 se contabilizaban más de 1,8 millones de *freeters* y unos 640.000 NEET. Esas personas pertenecen actualmente a la generación perdida (*losu jene*, del inglés *lost generation*).

Sueños para unos, marginación para otros

En su film *Tokio Sonata*, el director Kiyoshi Kurosawa pinta los miembros de la “generación perdida” encarnados en el hijo mayor de una familia en plena descomposición, que se alista en el ejército estadounidense y parte a combatir a Medio Oriente, lejos de Japón. Hay allí una voluntad de ir hasta el fondo de la lógica absurda según la cual un ciudadano japonés se convierte en un soldado estadounidense para formar parte de operaciones militares de la potencia norteamericana en una región particularmente inestable. El joven termina sin embargo pasándose al bando enemigo con el fin -dice- “de hallar la felicidad absoluta”. De esa forma vuelve a hacerse cargo de su propio destino. Ése es por otra parte el mensaje que quiere transmitir el director: el renacimiento de la sociedad japonesa, que necesariamente pasa por la juventud y la reconstrucción de ciertos puntos de referencia. Kiyoshi Kurosawa pone el acento en la frontera como símbolo de la relación entre Japón (representado en la película por la familia) y el resto del mundo.

Este largometraje ilustra el cambio producido en la sociedad luego del fracaso de la política aplicada por los gobiernos del primer ministro Koizumi Junichiro (2001-2006). Una figura simboliza esa época en la que se impuso el neoliberalismo: Horie Takafumi, joven empresario de internet. Partiendo de la idea según la cual “con dinero se puede comprar el corazón del hombre”, creó a partir de 1996 un gran imperio, Livedoor. “Sin ninguna duda, usted es quien alimenta los sueños de la juventud actual”, le dijo Koizumi... poco antes de que el empresario de 33 años fuera detenido en enero de 2006 por violación de la reglamentación bursátil. Su detención provocó un minicrack, que obligó a la Bolsa de Tokio, por primera vez en su historia, a cerrar veinte minutos antes de hora.

El sistema de valores defendido por Horie hizo soñar a una parte de los jóvenes japoneses, pero contribuyó a marginar a otra, en un país regido únicamente por el poder del dinero. Pero la población

toma cada vez más conciencia de la necesidad de luchar contra esa fatalidad.

Tokio Sonata comienza cuando el padre de familia es despedido de su empresa, que muda su servicio a China. La decisión lo enfurece, pero la acepta. Mientras el sistema funcione, mientras permita a las empresas obtener ganancias récord, son pocos los que se atreven a cuestionar el modelo. Los que fueron excluidos se comportan como si aún formaran parte de él, como ese empleado jerárquico que pone en escena Kiyoshi Kurosawa, que sigue llevando su vida de asalariado modelo. Va cada mañana a su trabajo, a pesar de haber perdido su empleo, y hace como si creyera que algún día recuperará su lugar en el sistema. Sin embargo debe aceptarlo: la globalización acabó con el modelo japonés.

Fracaso colectivo

El capitalismo globalizado favoreció incluso el aumento de esa categoría de asalariados que se designa con el término inglés *working poor* (“trabajadores pobres”), como subrayando que ese concepto no pertenece a la cultura nipona. De la misma manera que la población se identifica con la palabra japonesa *chūryū*, por “clase media”, prefiere utilizar una expresión extranjera para hablar de un fenómeno que la incomoda profundamente.

El documental *Wākingu Pua Hataritemo yutakinarenai* (“Trabajadores pobres. No puedo enriquecerme ni siquiera trabajando”), emitido una tarde de julio de 2006 por el canal de aire Nihon Hoso Kyokai (NHK), cumplió un papel revelador. Los productores recibieron miles de cartas que testimoniaban situaciones similares. Lo que hasta entonces era percibido como un comportamiento individual (*jiko sekinin*), apareció ante los ojos de los japoneses como un fracaso colectivo ante el cual había que reaccionar.

Yuasa Makoto, responsable de la Red contra la Pobreza (*Hanhinkon nettowāku*), denunció la “sociedad



Contrastes. Las disparidades económicas y sociales en Japón están fuertemente marcadas entre un sector con alta capacidad de consumo y otro hundido en la precariedad laboral.

y ayudar a los jóvenes a organizarse más eficazmente ante el mundo del trabajo. Confirma así el compromiso de los japoneses. En el primer número de *Posse*, la revista trimestral de la asociación, uno de los temas fue “Identidad y trabajadores jóvenes frente a la masacre de Akihabara”. Los miembros de la redacción sabían que colocando ese trágico acontecimiento en el marco del descontento social, darían en el blanco. La revista se vendió muy bien y generó un fuerte debate. ■

Sin salida

La tasa de suicidios en Japón es la más elevada del mundo: cerca de 30.000 al año. Históricamente, el *seppuku* era un privilegio de la clase guerrera para defender el honor, pero todavía se producen casos como el del novelista Yukio Mishima, que se abrió el vientre con una espada al frustrarse su *arenaga* a favor del retorno militarista.

1. En un programa emitido por el canal de televisión Nippon Terebi, Tokio, 9-6-08.
2. Encuesta de la Oficina del Primer Ministro, 1976.
3. *Tokio Shimbun*, 25-2-09.